

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

Introducción

La correcta comprensión de cualquier texto exige del lector que pretende descifrarlo conocer, cuanto menos, los motivos que llevaron al autor a escribirlo. Asimismo, se precisa entender la lengua en la que ha sido puesto por escrito. Dado que los textos bíblicos podemos leerlos en nuestro propio idioma, traducimos aquí por lengua, no tanto la grafía, sino el lenguaje simbólico en el que llega hasta nuestros días.

El lector de esta revista conoce bien que la Biblia tiene diversos lenguajes en los que se expresan los textos. En el caso que nos ocupa hemos de señalar especialmente dos: el lenguaje teológico y el lenguaje parabólico. Ambos son necesarios a la hora de traducir a nuestros días el mensaje de la parábola que motiva este ensayo y que es conocida bajo el título de “el sembrador”.

a) Lenguaje teológico:

La fuente escrita más relevante de nuestra creencia se encuentra en el evangelio. Evangelio que ha sido relatado y redactado por cuatro distintos escritores. Cada uno de ellos ha presentado su personal vivencia del mismo acontecimiento: La vida perdura más allá de este mundo para quien cree en Cristo y, como consecuencia, en su resurrección.

Esta Verdad se expresa con los propios condicionamientos históricos de la época. Estos condicionamientos, aunque distintos, seguimos teniéndolos actualmente. Nuestras perspectivas de universo han variado en relación a las que tenían en el mundo del Nuevo Testamento. Las futuras generaciones también necesitarán conocer nuestra cultura si desean comprender lo que ahora mismo estamos escribiendo.

Al margen del idioma, los diversos lenguajes en los que nos expresamos, marcan previamente la correcta comprensión de lo escrito. El lenguaje poético no puede ser traducido igual que el histórico o el épico. Asimismo, el lenguaje teológico tiene su propia hermenéutica y es en ella, y sólo en ella, donde todo lo expresado es verídico, aunque traducido en otro lenguaje (por ejemplo el histórico), pudiera ser falso.

Los evangelios de la infancia, como ya expresamos en otro momento en esta misma revista, necesitan ser traducidos, especialmente a través del lenguaje teológico, si deseamos aprehender lo que indican sus páginas. Caso contrario podremos estar afirmando y sosteniendo mentiras históricas que jamás pretendieron decir Mateo o Lucas, ya que ellos estaban afirmando verdades teológicas (1).

¿Qué pretendemos indicar con lo expuesto? Que la verdad evangélica hay que encontrarla dentro del lenguaje en el que se expresa. Desde la historia, que es tiempo, no

podemos explicar la eternidad. El lenguaje histórico explica el tiempo y el lenguaje teológico la eternidad. Cuántos problemas exegéticos quedarían resueltos si comenzásemos por asimilar estos conceptos.

Los diversos universos conceptuales en los que expresamos las verdades teológicas necesitan, a su vez, ser constantemente remitificados, ser, en cada tiempo, reencarnados. Esta constante reencarnación es la que actualiza y traduce en cada historia (tiempo), la teología (eternidad).

El lenguaje teológico es historia cuando se conceptualiza (mitifica) y es eternidad cuando se encarna (remitifica). La labor de todo creyente es remitificar constantemente su fe. Esta tarea que brota como manantial de aguas vivas de los textos bíblicos, se observa de forma especial es el lenguaje parabólico.

b) Lenguaje parabólico.

El evangelio es expresado, entre otros lenguajes, con el parabólico. Sirvan unas breves pinceladas para observar la hermenéutica de este lenguaje. En él se comprueba la necesidad de la remitificación teológica antes mencionada. A través de él podremos interrogarnos si la forma de expresar, actualmente, nuestra fe, es genuinamente evangélica.

Los evangelistas han guardado y recreado celosamente este lenguaje dejándonos constancia de su necesaria evolución (remitificación), si queremos transmitirlo a futuras generaciones. El lenguaje parabólico, es un meta-lenguaje. Indica como ningún otro lo que es el lenguaje bíblico en su más amplia expresión. ¿Por qué? Porque las parábolas hay que captarlas en lo que quieren decir y no en lo que dicen.

Si alguien se quedara mirando el dedo con el que Jesús escribe sobre la tierra de la plaza pública en aquel día que pretendían apedrear a la mujer adúltera, no verá, es decir, seguirá sin ver, que la ley escrita ha de ser siempre trascendida por el amor. Nadie en virtud del amor puede matar a su prójimo, sí, en cambio, por la fuerza de la letra (2 Cor 3, 4-8)

El dedo de Jesús escribiendo sobre el suelo, remite a la ley; el movimiento de ese dedo trasciende a la ley, y es en dicho movimiento donde se ve y se reencarna el mensaje que hace soltar la piedra de todos y cada uno de los allí-aquí presentes.

Así, lo esencial del mensaje parabólico ha de trascender siempre a la letra que lo expresa. El lenguaje parabólico es tan enigmático como el dedo de Jesús. Mirarle sin ver el movimiento que lo hace actor de la escena, no es posible si queremos aflojar cada uno de los apéndices que, paralizados, sostienen la piedra a punto de ser lanzada contra la mujer adúltera (Jn 8, 7).

¿Quiénes están-estamos adulterando el mensaje? Los dedos de los verdugos se aflojan ante la fuerza de aquel silente índice de Jesús. Lo importante no es lo que dice, hay

que aprender a ver lo que quiere decir. Todos los dedos del mundo se aflojan ante aquella silenciosa imagen, transformando “aquel día” con Jesús, su agresividad en amor.

Hemos intentado con esta imagen dar una pincelada al cuadro parabólico que deseamos presentar a través de la parábola del sembrador. Lo enigmático y trascendental de este lenguaje vamos a intentar esbozarlo por aproximación sirviéndonos de una de las más bellas parábolas del evangelio. Efectivamente, la parábola del sembrador permite representar la fuerza del Espíritu que mueve cada mano cuando encarna la eternidad que hace posible el movimiento de los dedos en cada concreta temporalidad. Ahora bien, antes de adentrarnos en el enigma que nos propone la parábola del sembrador, observemos el misterio que encierra desde la teología, el lenguaje parabólico.

Las Parábolas

¿Por qué transmitieron los evangelistas gran parte del mensaje de Jesús en lenguaje parabólico? Para responder a este interrogante comencemos por recordar lo que es una parábola (2).

Una parábola es una metáfora, una palabra que, más allá de lo que expresa, más allá (meta) de lo que dice, señala (como el dedo de Jesús sobre la arena), un mundo simbólico que no puede ser expresado. Señala un nuevo mundo, un nuevo cielo que hay que captar en cada devenir. Por esta razón, la parábola siempre necesitará reinterpretación (3).

Cuando el lenguaje parabólico se historifica reclama nueva interpretación. Así sucedió con la parábola que nos ocupa tal y como podemos comprobar al leer los evangelios (Mt 13, 18 y par). La parábola ya no es una simple metáfora sino que más bien se convierte en alegoría. La alegoría o conjunto de metáforas explica más allá de la letra un mundo que reclama constante reinterpretación.

La parábola del sembrador es, posiblemente, la que mejor “encarna” estos supuestos. De hecho, junto a las del “grano de mostaza” (Mc 4, 30-32), “los viñadores homicidas” (Mc 12, 1-12 y par) y “la higuera” (Mc 13, 28-32), es en la que podemos observar y reinterpretar el mensaje y la vivencia de cada uno de los sinópticos. Efectivamente, la parábola del sembrador la reproducen los evangelista Mateo, Marcos y Lucas. Su riqueza simbólica y teológica mereció el estudio de los tres evangelistas. ¿Por qué?. Este será el interrogante que pretendemos explicar con el ensayo que sometemos al juicio del lector.

El resto de las parábolas evangélicas no son tomadas en consideración por los evangelistas de forma tan unánime (4). Cada uno resalta aquella u omite ésta, no así con la parábola del sembrador. Es más, los retoques que insertan a la misma nos permiten observar y sugerir la conclusión a la que pretendemos llegar. Cada evangelista se reencuentra con ella y expone su personal conclusión.

La parábola, en cuanto signo a trascender, se convierte nuevamente en el Jonás de la historia. Jonás es un paradigma que interpela al creyente. Jonás o, posteriormente, la formulación crística del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), es la eterna parábola que, más allá de la letra que la forma, reclama desvelar el espíritu que la hace posible (5).

El dedo de Jesús recuerda aquel otro dedo del discípulo Gutei del Koan ZEN. En aquellos tiempos, aquel día, Gutei perdió el dedo porque su maestro se lo había cortado de un tajo. Ya no podía imitar al maestro cuando enseñaba que el camino para alcanzar la iluminación se conseguía levantando el dedo índice. Ahora, nuevamente, el maestro había levantado su índice, pero Gutei no podía imitarle porque no tenía dedo. Y en aquel día y en aquel momento, alcanzó el nirvana (6).

El dedo de Jesús y la parábola indican un camino interno que hay que descubrir. Quien se quede mirando la parábola no alcanzará a ver el espíritu que la hizo posible. Las parábolas son enigmas que hay que trascender. No tienen solución. La respuesta está, como en el Koan ZEN, en el discípulo que sabe trascenderla.

Aquel día, Gutei, al no tener dedo, supo trascender lo que el maestro quería decir. ¡Ya no existía materia que le impidiera ver el espíritu!. La letra mata. Hay que cortar el dedo o arrancar el ojo para... ¡poder ver!.

Jesús también arranca metafóricamente los miembros que matan en cada tiempo (Mt 18, 8-9). La materia que impide ver lo que el dedo está señalando. Las parábolas, como los dedos que nos ocupan, son metáforas que señalan caminos internos, respuestas ocultas más allá de la letra que las materializa.

En nuestro tiempo, aquí y ahora, tanto el que escribe como el que lee, retoma la parábola del sembrador para, reencarnando el genuino espíritu que la hizo posible en Jesús de Nazaret, encontrar la respuesta más allá de la letra impresa. Y ello porque la respuesta no está en la letra; su enigma está impreso en cada tiempo cuando la eternidad se hace milagro en el creyente. Su enigma está impreso en cada persona que trascendiendo, no ya a la parábola, sino al Jesús que la pronunció, se deja encontrar por el Cristo que habita en su corazón.

Desde el corazón del Cristo y trascendiendo la materia que late en cada devenir, la parábola del sembrador interpela y muestra el camino. Indica, más allá de cualquier dedo, que camino y caminante, en cristiano, son uno. Que la respuesta al misterio de la vida y de Dios está en cada creyente. Que el creyente sigue siendo el templo donde Dios habita (1 Cor 3, 16-17). Que no hay construcción ni letra que pueda encerrar el misterio. Que el misterio y la respuesta al mismo se haya en cada persona de buena voluntad que responde con su vida, que es la de Cristo, a cada nuevo interrogante.

Las parábolas, por tanto, lejos de responder, cuestionan; el signo, la respuesta, está aguardando en cada creyente cuando, trascendiendo la letra, cortando el dedo o arrancando el ojo, despierta y comienza a ver. La resurrección en aquel tiempo, que es éste, nos alcanza cuando trascendemos la materia en la que ha de ser captada.

Proponemos al lector que, trascendiendo la letra de quien escribe, vea a través de la parábola del sembrador, el latir de un corazón que está en el camino, viviendo, a su manera, y dentro de la comunidad eclesial, la experiencia de ser cristiano.

La Parábola del Sembrador. Escenificación del enigma.

Mateo, Marcos y Lucas nos presenta el misterio del reino de los cielos a través de la parábola del sembrador. Otras parábolas remiten al misterio pero desde formulaciones distintas. Aquí el motivo que les ocupa es el reino de los cielos (7). ¿Puede explicarse lo inexplicable? Ciertamente no. ¿Qué hacer? Explicar por aproximación lo que se quiere decir.

Es en este momento cuando el lenguaje parabólico entra en escena. Los escritores del tiempo de Jesús conocían este tipo de expresión (8). De hecho, esta forma literaria había sido usada por los sabios de Israel, y por tanto, en la literatura rabínica. Los acertijos populares proponen enigmas que han de ser captados por quien sabe ver lo que ocultan las palabras.

El discípulo pregunta y el maestro le propone una anécdota imaginaria. Dicha anécdota está propuesta de manera sugerente con el fin de captar toda la atención del discípulo. La parábola del sembrador se propone a la gente del campo. ¿Plantearía Jesús esta alegoría a la gente de la ciudad? Rotundamente no.

Captar la atención del discípulo es la primera y básica obligación del maestro. Jesús en la parábola del sembrador habla a sembradores. Todos atienden porque creen saber de que les habla. Cuando ha captado su atención propone el enigma y en ese instante acaba la parábola.

No se da respuesta alguna. El oyente queda a la espera. Ya no hay letra, ni dedo, ni ojo, sólo queda el enigma y el discípulo. Las sugerencias de lo expuesto son tantas que la mente se noquea. Es el eterno instante que Dios aguarda para ante la muerte de nuestros pensamientos, alcanzar el reino de la resurrección.

Pensemos por un instante que somos sembradores. Si el lector lo es, eso que aventaja a quien escribe. La sutileza de cada evangelista es impresionante. Su sabiduría expresiva sólo posible tras la experiencia de la resurrección. Observemos como nos sitúan en la escena.

a) Escenificación mateana:

Mateo nos introduce en la parábola del sembrador con este pasaje:

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él, que hubo de subir a sentarse en una barca, y toda la gente quedaba en la ribera. Y les habló muchas cosas en parábolas. (Mt 13, 1-3).

Previa a esta escenificación, Mateo nos narra en su evangelio que el pertenecer o no a la familia de Cristo, no depende de la sangre, es decir, del parentesco, sino del que está dispuesto a cumplir *la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Mt 12, 50).

Una vez asimilado este “logion” nos propone la parábola que nos introduce en el reino celestial del Padre. En el reino donde todos son familia y por tanto hijos de un mismo Padre (Mt 5, 45; Jn 8, 41).

b) Escenificación marcana:

Previa a la escenificación del evangelista, Marcos ha revelado la institución de los Doce. En ella entran todos los hijos de este mundo. Los Doce son el reino que se acerca. La nueva familia donde todos somos hermanos (Mc 3,13-19).

A continuación nos explica lo difícil que resulta entender estas palabras precisamente a los parientes carnales de Jesús (Mc 3, 20-21). A ellos por la carne, como a los escribas por la letra (Mc 3,22-30) les resulta imposible trascender este mundo para entrar en la casa del Padre, es decir, en el reino celestial.

El verdadero parentesco de Jesús, nos dirá posteriormente, es de quien cumple la voluntad de Dios (Mc 3,31-35).

Llegados a este punto Marcos escenifica la parábola del sembrador con la siguiente introducción:

Y otra vez se puso a enseñar a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él que hubo de subir a una barca y, ya en la mar, se sentó; toda la gente estaba en tierra a la orilla del mar. Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas. Les decía en su instrucción: (Mc 4, 1-2).

c) Escenificación lucana:

El evangelista Lucas nos introduce en el capítulo ocho de su narración. En él va a explicar la parábola del sembrador. La puesta en escena es, en apariencia, radicalmente distinta de los otros sinópticos. Su introducción dice así:

Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y

algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades. María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios. Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes. Habiéndose congregado mucha gente, y viniendo a él de todas las ciudades, dijo en parábola: (Lc 8, 1-4).

A continuación, y tras la escenificación expuesta, inicia la exposición de la parábola del sembrador.

Si observamos atentamente, la puesta en escena de Mateo y Marcos da a entender la imperiosa necesidad de salir de la casa familiar para hallar el reino celestial. Jesús, según Mateo, *aquel día salió de casa* (Mt 13, 1). Jesús, según Marcos, *nadie puede entrar en la casa* (Mc 3, 27). Y ambos dejan constancia que la casa no es la de origen carnal. La casa del Padre es de origen espiritual.

La parábola del sembrador pretende mostrar la llave de la nueva casa, del nuevo reino. Un reino que míticamente al trascender la tierra, se sitúa en el cielo. ¿Cómo encontrar la llave del reino?

El misterio rodea la respuesta que se halla desde siempre en el interior de cada creyente. Los evangelistas han tenido que trascender la materia (concepción de la vieja familia) para alcanzar el espíritu (concepción de la nueva humanidad). La nueva casa es la de todos, es decir, la de los Doce. En ellos siempre ha estado la respuesta. Los Doce son la llave del reino y allí poco es la familia, allí hay muchedumbre.

El reino de Dios es tierra de nadie, pues nadie puede poseerlo, antes bien todo lo contrario, el creyente se siente poseído. Mateo y Marcos sitúan a Jesús fuera de la tierra, sobre la barca, sobre el agua. La escena es tan teológicamente sugerente como históricamente absurda. ¿Por qué? Porque sitúa al agricultor en un terreno desconocido (mar) para contarle una historia cercana (tierra).

Para alcanzar el reino hay que salir como Abraham de Ur, y sin mirar hacia atrás (mujer de Lot) (Gn 19, 26), llegar, con Jesús hasta el desierto. En el desierto, sin nadie, todo se encuentra. El desierto es la mítica pérdida del hogar carnal. Mateo y Marcos pasaron por él (9). Y en él hallaron a la gran familia humana donde Cristo es todo en el Todo.

Ahora desean mostrarnos el reino ¿Cómo? La letra es incapaz de semejante milagro. La escenificación que nos proponen remite al misterio. Jesús en una barca habla a los de la orilla... para que le oigan. La escena puede parecer absurda. No lo es si lo que desean los evangelistas es que la trascendamos (10).

Jesús, sobre las aguas, domina la energía que da vida a la tierra. El agricultor tiene que dejarse aprehender por esta *dynamis*. El hombre tiene que salir de su casa para entrar en la casa común de todos los humanos. Esta y no otra es la casa de los Doce: la Iglesia.

¿Por qué Lucas omite este escenario si cuando escribió su evangelio era el que ya habían propuesto Marcos y Mateo?

Poco es trascender la casa paterna, la materia y la tierra. El evangelio, si lo es, ha de trascender cada concreta cultura. Y los Doce no eran ni son los que rigen la Iglesia, la Iglesia es dirigida por el Espíritu en los Doce. A veces no es fácil asimilar la verdad, aunque sea la única que nos haga libres.

Lucas debe experimentar en sus comunidades este trauma. El hombre ha de salir también de la cultura en la que se halla inmerso. Lucas explica esta salida de su “tierra” sin introducir a Jesús ni en la barca ni en el agua, pero introduce a su lector en una cultura impropia de sus contemporáneos: Jesús es acompañado por mujeres. Es más. Los Doce no son citados con el detalle que lo son las mujeres (11).

El lector que escuchara este evangelio, tenía que situarse, como el agricultor, fuera de su terreno habitual. Ellas son las primeras que sirven. Cristo y su evangelio es un constante servicio hacia los demás. No es extraño que ellas, en un mundo tan marcadamente machista, fueran, asimismo, las primeras en “relatar” la resurrección (Lc 24, 10-11).

Los tres sinópticos nos van a relatar la parábola del reino en un meta lenguaje. Pero antes de explicarnos su alegoría ya nos han situado más allá del lenguaje coloquial para que descubramos la clave del misterio que se nos va a revelar.

La Parábola del Sembrador. Desarrollo del enigma.

Dada La brevedad de este trabajo, no vamos a reproducir la parábola según la diseña cada evangelista. A juicio de la exégesis la más antigua es la de Marcos. Este es el motivo por el que a continuación exponemos el texto marciano que debió conocer el resto de los evangelistas al introducirla en su evangelio. Será a partir de este texto que iremos desarrollando la alegoría:

Escuchad. Una vez salió un sembrador a sembrar. Y sucedió que, al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino; vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra, y brotó enseguida por no tener hondura la tierra, pero cuando salió el sol se agostó y, por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; crecieron los abrojos y la ahogaron, y no dio fruto. Otras partes cayeron en tierra buena y, creciendo y desarrollándose dieron fruto; unas produjeron treinta, otras sesenta, otras ciento. Y decía: Quien tenga oídos para oír que oiga (Mc 4, 3-9).

Es impensable que Jesús propusiera este texto a los pescadores o a los moradores de las grandes ciudades. Las parábolas siempre recurren a situaciones muy conocidas por el oyente para captar su atención. Una vez captada dicha atención se le propone un enigma de difícil o de imposible solución ¿Por qué? Porque las parábolas tratan de situar al oyente en

un ámbito del ser distinto al de la experiencia. En ese ámbito, el enigma no es que se resuelva, no, en ese ámbito sencillamente es que el enigma desaparece, ¡porque nunca ha existido!

Esta es la razón por la cual la parábola, como en el caso que nos ocupa termine diciendo: *Quien tenga oídos para oír que oiga*. ¿Acaso hemos de pensar que los “oyentes” no tienen oídos? ¿No será, más bien, que en el ámbito del ser que desea situarnos Jesús, los oídos no son necesarios o, dicho de otra manera, los oídos son a veces los que no nos permiten oír?

Parafraseando el refranero popular, no es igual tener orejas que tener oídos. Marcos comienza su parábola igual que la acaba. Ahora podría ser la oreja la que abría que arrancar si fuera la causante de no captar el enigma. De ahí que comience con un imperativo ¡escuchad!.

La escucha va a ser posible cuando el oído a través de la que se va a realizar no interfiera. Desde el *escuchad* (Mc 4, 3), hasta el *quien tenga oídos para oír que oiga* (Mc 4, 9), ha sido presentado el reino. Ahora hay que trascender la letra (que al seguir matando, como el dedo, el ojo, o la oreja, deben ser arrancados) para que el espíritu nos sitúe en ese ámbito del ser donde la respuesta no existe al desaparecer el interrogante.

Situados, teológicamente, ante la escena en la que Marcos nos presenta la parábola del sembrador, hemos de aprehender que el misterio del reino que se nos revela está siempre más allá de nuestras posibilidades. Más allá de la carne (para los parientes de Jesús), más allá de la tierra (para la gente del campo), en la otra orilla (para la gente de la mar), en definitiva, más allá.

Es desde ese más allá presente, y por tanto eterno, en el que ha sido creada la institución de los Doce, que hay que escuchar y ver el reino. La escucha que reclama Marcos, presupone ver la escena del reino que se acerca en Jesús.

Posiblemente Jesús en su propio contexto histórico reflejase en la parábola que el hombre, es decir, la persona, no tiene que preocuparse del resultado de sus actos, siempre que estos sean los correctos. Los actos, en este caso la palabra, cae por doquier, se comunica como la semilla. La fuerza está en ella, al margen de quien la recibe.

Jesús, en cuanto palabra que comunica el reino, ¡es el reino!, la salvación tan largamente esperada (Mc 14-15). Hay que saber escuchar para ver el reino y sentir la salvación. Otra cosa distinta fue la preocupación de Marcos cuando expuso el enigma. ¿Por qué?

Llama poderosamente la atención que el evangelista Marcos que nos presenta la vida y obra de Jesús en dieciséis capítulos y, precisamente, en el centro de su evangelio nos narra que los cristianos son los del camino (Mc 8, 27-10, 52 y c. 11-13), siendo éste uno de sus temas principales según la exégesis actual, indique en su parábola que *una parte cayó a lo largo del camino, vinieron las aves y se la comieron* (Mc 8, 4) (12).

¿Cómo recibirían sus oyentes estas palabras? Los cristianos, según el evangelio de Marcos son los del camino y, curiosamente, propone un enigma donde a lo largo del camino la semilla que salva, se la comen las aves. Es decir, los cristianos, que según Marcos son los del camino, han recibido la palabra que, a su vez, no ha fructificado porque las aves del cielo se la han comido.

El enigma ya está planteado. Enigma que, en la teología marcana hay que escuchar en el silencio de las mujeres que tras la visita a la tumba del resucitado callan al no poder decir lo que han visto y oído (16, 8). Efectivamente, Marcos, al margen de ser el escritor que menos palabras usa en su evangelio, es, de hecho, el evangelista del silencio.

Cuando acaba su evangelio las mujeres, ante el misterio de la resurrección, callan. Es en ese silencio donde nos propone descubrir la palabra que comunica el hecho. Un hecho que se revela en el más acá pero que, al trascenderlo, remite al más allá.

Marcos remite a volver al camino que va a Galilea. El resucitado va delante en ese camino; camino que conduce a la Iglesia (= Galilea) *allí lo veréis* (Mc 16,7). En el camino, que es su evangelio, hay que dejarse descubrir por el misterio que es el hombre Jesús. *Ellas salieron huyendo del sepulcro llenas de temor y asombro, y no dijeron nada a nadie por el miedo que tenían* (Mc 16, 8).

¿Cómo es posible que sin decir nada a nadie, el hecho de la resurrección sea conocido?. Sus oyentes a esta altura de su evangelio deben de intuir la verdad que se encierra en este interrogante. De no ser así: hay que volver al camino que conduce a Galilea. ¿Qué ha sucedido en este camino?. Creemos que la parábola del sembrador es la respuesta a este interrogante: Las aves se han comido la palabra... Y el que tenga oídos...

La parábola desde esta óptica es, además de sugerente, extremadamente acorde con la intención del autor. Los del camino son los cristianos y, precisamente, son los primeros que él nombra en la parábola. Son, en definitiva, a los que Marcos dirige su evangelio. El enigma está planteado, ¿cómo resolverlo?

El creyente que trate de resolverlo ¡no está en el camino! Las aves ya se han llevado la semilla. El creyente si intuye el enigma, descubre que si el camino fue Cristo, ahora, el camino, es él. Dios, en cuanto sembrador, siembra en él.

Mateo cuando retoma en su evangelio este mismo enigma tiene distinta perspectiva teológica. Él, en cuanto judío, desea mostrar que en Jesús se cumple cuanto anunciaron los profetas (Mt 1, 22; 2, 17). La palabra que había sido anunciada en el Sinaí es ahora el propio Jesús.

Los judíos no supieron trascender el monte, por ello no han comprendido las escrituras. Ahora Mateo presenta, fuera del monte, en el mar, sobre la barca, la palabra que, por ser de Dios, si ha trascendido el monte. El judío, como Jesús, ha de salir de lo que ha creído ser su casa (Mt 13, 1) y allí escuchar la auténtica y única palabra que desde los orígenes le está interpelando. Por esta razón desde la genealogía, Mateo entronca constantemente Antiguo y Nuevo paradigma (Mt 1, 1)(13).

¿Qué ha sucedido? Desde la visión mateana de la historia, lo que ha sucedido es que la palabra no ha encontrado la respuesta adecuada. El oyente ha de dar respuesta. Toda la exposición del evangelio de Mateo es catequética y confía que, a través de la palabra, surja el milagro. El milagro no opera la fe. La escucha a la palabra recibida desde los orígenes, es posible gracias a la fe donada como promesa a Abraham.

Ahora Yahvé sigue esperando la respuesta del creyente. Mateo muestra que esa palabra hecha historia en su pueblo es el Cristo que presenta en su evangelio. Desde la presentación de los magos que expone en su capítulo 2 avisa que, siendo Israel los hijos de la luz, han sido los de fuera, los otros, quien han visto la luz (=estrella).

Todo su evangelio en una constante reencarnación que muestra, para quien escuche su catequética, la luz que desde los orígenes está brillando y que no es otra que Cristo.

Al igual que Marcos, exige la escucha. Escucha que Mateo sitúa en sus capítulos 5, 6 y 7 donde Jesús, como nuevo Moisés sube al monte (Mt 5, 1). Desde allí, como palabra de Dios marca la nueva ley. Palabra que opera el milagro. Así sus capítulos 8 y 9 (hechos de milagros) pueden ser aprehendidos en el misterio de la palabra recibida previamente.

¿Cómo es posible que los judíos no hayan sabido ver que Cristo es el reino? El inicio catequético de esta exposición lo realiza el apóstol con estas palabras: *Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: “Convertíos, porque el Reino de los cielos ha llegado* (Mt 4, 17). Quien no haya escuchado la palabra del monte no podrá ver el milagro de la vida. Quien no alcance a ver el milagro de la vida, no sabrá ver la vida que es Cristo.

Ahora Mateo nos muestra con su parábola del sembrador lo que produce la palabra. Palabra que, como Marcos, introduce en la barca (Iglesia) (Mt 13, 1-3). Y desde ella, en una posición más allá de lo esperado (mar), los agricultores, oyen el enigma del sembrador.

Cristo traspasa el monte y llega más allá de Israel (Magos). La palabra cae por doquier y espera la respuesta. Así la catequética de Mateo. El oyente del mensaje mateano se encuentra interpelado por Cristo. El es el Hijo deseado desde los orígenes. El Hijo que somos, si respondemos a la vida que se nos presenta en Jesús.

Mateo, como el sembrador, esparce la semilla en campo que, previamente, ha sido arado. Los judíos son campo trabajado por Yahvé durante siglos. La catequética mateana presupone el reconocimiento previo de sus oyentes. Ellos son el campo que debe dar fruto.

Los otros, los del camino, lo tienen más difícil. Por supuesto que no se trata de un camino lleno de alquitrán como el de nuestras ciudades, se trata más bien del camino de tierra que se deja libre al arar la tierra y que conscientemente no se siembra, con el fin de poder circular entre los campos arados que no deben ser pisados. Camino, sin embargo, por el que también es posible germinar dado que la semilla, como la palabra, cae libremente donde quiere (Magos).

No obstante, Mateo, como buen judío, se preocupa del campo. Para el sembrador (Yahvé), el campo es Israel. Él desea que todo Israel sea campo donde la palabra germine como la tierra buena y trabajada. Israel había sido trabajado desde los orígenes por Yahvé ¿no es lógico que ante el nuevo paradigma que se plantea dé fruto al cien por cien, o al sesenta o, cuanto menos, al treinta? (Mt 13, 8).

La perspectiva lucana es distinta. El evangelista tiene ante sí la parábola del sembrador. Su quehacer teológico no es el de Marcos o Mateo. Aquél presenta a Jesús como salvador éste como nueva ley ha trascender, Lucas es el evangelista del espíritu. Lucas trasciende el templo (evangelio) para llegar a la Iglesia (espíritu). La historia del Espíritu es la historia de la Iglesia, que, por lo mismo, ha de ser trascendida. Su libro de Hechos de los Apóstoles, es el enigma parabólico que nos presenta, tras la resurrección (40 días), la llegada del Espíritu en Pentecostés (50 días).

Entre la resurrección y Pentecostés el antiguo paradigma (10) está representado por la ley. Ahora, en el nuevo paradigma todo queda trascendido y universalizado. Toda la simbología lucana se haya expuesta entre la resurrección cristológica (evangelio) y la llegada del Espíritu (Hechos de los Apóstoles). Por esta razón, toda la alegoría parabólica del sembrador ha de ser medida dentro del cauce misterioso que vive Lucas y presenta a su comunidad.

Lucas no precisa como Mateo y Marcos de un escenario donde Jesús se encuentra en una barca, hablando desde el mar a los hombres del campo. Lucas presenta en Jesús la fuerza del Espíritu que trasciende a la Iglesia formada por todos, incluyendo a las mujeres (8, 1-3). La Iglesia, aquí, no es barca, la Iglesia es para Lucas, María y todo lo que representa en cuanto mujer (14).

El evangelio de la infancia lucano es muy sugerente al respecto. María y las mujeres, tienen para Lucas una especial resonancia. ¿será esta la razón por la que su evangelio comienza y acaba en el templo, siendo su libro de Hechos de los Apóstoles iniciado y ultimado en la casa?. El hogar es el templo de la mujer, según la concepción patriarcal en el que se mueve el Antiguo Testamento.

El libro de los Hechos es el libro del Espíritu. Lucas muestra la verdad que él conoce. En la Iglesia está el Espíritu. Y el Espíritu está en cada hogar. La verdad de Cristo se haya inmersa en el tiempo (40) hasta la resurrección. La verdad del Espíritu se haya inmersa en el creyente que trascendiendo la ley (3 más 7) llega hasta el Espíritu (50), es decir, Pentecostés).

La historia lucana es la historia que nos obliga a trascender constantemente el tiempo. Sólo así podemos llegar al Espíritu. Lucas ha trascendido en su personal experiencia lo que simbólicamente representaba en la antigua economía la ley mosaica (3 + 7 = 10) ¿serán, ahora, capaces sus oyentes de trascender el concepto eclesial?

Cristo, en el Espíritu, obliga siempre a trascender. Poco es para Lucas que hubiera mucha gente escuchando a Jesús la parábola del sembrador, hay que trascender todo concepto, toda idea preconcebida, aunque ésta sea la de la Iglesia que él presenta, por ello,

el evangelista añade sutilmente en su presentación parabólica: “*Se iba reuniendo mucha gente, a la que se añadía la que procedía de las ciudades* (Lc 8, 4).

La universalidad que Lucas imprime a su evangelio le lleva a retocar la parábola. Poco es que hubiera “mucha gente”, el tercer evangelista nos anuncia que “se añadía la que procedía de las ciudades”.

Ante Cristo están las ciudades de la tierra. Las mismas que se reunieron en torno a Pentecostés: *Residían en Jerusalén hombres piadosos, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo* (Hch 2.,5). Ante la parábola del sembrador que nos presenta Lucas está toda la tierra. Es más, Lucas, y al margen de este retoque, añade algo que es omitido por Marcos y Mateo: *Salió un sembrador a sembrar su simiente* (Lc 8, 5). ¿Cuál es el añadido lucano?. ¡simiente!

El sembrador está sembrando ¡su simiente! Marcos y Mateo habían indicado que el sembrador había salido a sembrar. Lucas añade que siembra no cualquier semilla, sino la suya. ¿De qué semilla habla el evangelista? De la semilla que simboliza la fuerza del Espíritu. La segunda parte de su historia refleja, junto a Pablo, la fuerza de esa semilla.

La semilla aún en el caso de que caiga en el camino puede brotar. Recordemos que Lucas está escribiendo para los del camino, es decir, y dentro de su contexto, los que no eran judíos y por lo tanto estaban fuera del campo sembrado. ¿Qué sucedía si la semilla caía en el camino no brotaba? Lucas añade la causa por la que se la comen las aves: *Salió un sembrador a sembrar su simiente y, al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada y las aves del cielo se la comieron* (Lc 8, 5).

Observemos que el motivo de que se la comieran las aves no recae en haber caído en el camino, ¡No!. Esto es importante para Lucas. La semilla que es divina cae por doquier. Cristo es de origen divino, así lo atestigua en su genealogía al retrotraerla hasta Adán hijo de Dios (Lc 3, 38). El universalismo de la teología lucana es diferente a la de Mateo que retrotrae dicha genealogía solamente hasta Abraham.

Estas sutilezas marcan los diversos lenguajes teológicos. ¿por qué no crece la semilla divina que cae en el camino, según el pensamiento de Lucas? ¡Porque es pisada! El Espíritu germina si el hombre no lo pisa. La universalidad del Espíritu llega a todas partes, pero confía en la callada respuesta del creyente. Esta callada respuesta viene prefigurada en el acontecer de María. Ella, trascendiendo la palabra, pare al Cristo gracias a la fuerza del Espíritu (15).

Los primeros capítulos del evangelio lucano se comprenden tras la experiencia de Pentecostés. Es desde la llegada del Espíritu que podemos intuir lo que acaeció en María. ¿Por qué? Porque ella es la primera persona de la historia que actúa por la fuerza del Espíritu. Ahora, quien a su vez haya pasado por su personal Pentecostés, podrá intuir el misterio que aconteció en María con la llegada del Espíritu.

La fuerza divina únicamente reclama la respuesta humana. No importa que dicha *dynamis* caiga en lugar no apropiado: la respuesta siempre es posible. Y la respuesta en

Lucas, convierte al que la da, en tierra buena: *Y otra cayó en tierra buena y, creciendo, dio fruto centuplicado. Dicho esto, exclamó: El que tenga oídos para oír, que oiga (Lc 8, 8).*

Observemos esta sentencia en Mateo y Marcos:

Mateo : *Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la palabra y la entiende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta (Mt 13, 23).*

Marcos : *Y los sembrados en tierra buena son aquellos que oyen la palabra, la acogen y dan frutos, unos treinta, otros sesenta, otros ciento (Mc 4, 20).*

Si comparamos a Mateo y Marcos, observamos que sus sentencias son similares. Sin embargo el hecho de que Mateo descienda (ciento, sesenta, treinta), y Marcos ascienda (treinta, sesenta, ciento), tiene, teológicamente, una enorme fuerza inspiradora.

Es sabido que Mateo escribe para judíos y ellos han tenido la palabra desde los orígenes. La respuesta del pueblo no ha sido la que Yahvé esperaba desde Abraham. Ahora tienen a Cristo que es la palabra misma. El pueblo va perdiendo. Dado que es a ellos especialmente a los que dirige sus mensaje, Mateo les avisa que igual que los de fuera (Magos), comienzan a entender, ellos pueden llegar a quedarse fuera.

Así la cronología numérica va descendiendo pues ella es el símbolo de la respuesta judía. No así Marcos que al dirigir su mensaje a los étnico-cristianos de Roma, los anima a responde con ánimo a las palabras de su evangelio. Aquí puede o no haber historia pasada, es decir, el cristiano de Roma podía ser o no judío, por esta razón, lo importante es ver en Cristo, su divinidad.

Su evangelio conduce hacia el sonoro final del creyente no judío que termina proclamando de forma ascendente (treinta, sesenta, ciento) su fe en Cristo: *Al ver en centurión, que estaba frente a él, que había expirado de esa manera, dijo: Verdaderamente este hombre era hijo de Dios (Mc 15, 39).*

Esta frase propia de Marcos eleva su evangelio hacia la divinidad que el nos va mostrando en su escrito. En la máxima elevación marcana (cruz) el centurión proclama la divinidad. La palabra da la respuesta máxima. Desde esta palabra únicamente es posible hablar con el silencio de las mujeres que no dicen nada a nadie (Mc 16, 8).

¿Qué sucede con Lucas? La visión lucana es otra, él opera desde su particular Pentecostés (Hch 2). Es desde allí que ve que todo es posible. Sus últimas palabras en el libro de los Hechos indican que desde los profetas hasta María en su virginal concepción todo es posible en el Espíritu: *Pablo dijo esta sola cosa: Con razón habló el Espíritu Santo a vuestros padres por medio del profeta Isaías (Hch 28, 25).*

Lucas, que escribe a cristianos no judíos entronca con el pasado para ultimar diciendo. *Pablo permaneció dos años enteros en una casa que había alquilado y recibía a todos los que acudían a él; predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo al Señor Jesucristo con toda valentía sin estorba alguno (Hch 28, 30-31).*

Lucas ha trascendido todo condicionamiento. Su mensaje es universal aunque se propague en una casa alquilada. Desde allí el Espíritu Santo centuplica la respuesta del creyente. Hay que confiar en el Espíritu, pues desde antaño en Él todo es posible. Tal es así, que recuerda en estos últimos instantes de sus escritos las palabras de Isaías en las que cualquier persona que se abra al misterio podrá aprehender estas cosas (Hch 28, 26-27). Estas personas son, para Lucas, los gentiles, que si escuchan su evangelio, el Espíritu dará en ellos ciento por uno. ¿Acaso no ha sido esta su personal experiencia o, incluso, la de su amigo Pablo?.

La Parábola del Sembrador. Explicación de enigma.

Un enigma que puede ser explicado deja de ser enigma. Marcos retoma las palabras de Isaías; aquellas que Lucas ha consignado al final del libro de los Hechos. Él las sintetiza de la siguiente manera: *A vosotros se os dado el misterio del Reino de Dios, pero a los que están fuera todo se les presenta en parábolas, para que por mucho que miren no vean, por mucho que oigan no entiendan, no sea que se conviertan y se les perdone* (Mc 4, 12).

A vosotros se os dado el misterio. El misterio, que es el Reino, no hay que verlo u oírlo, hay que vivirlo como donación que, a su vez, se dona. Por esta razón el enigma se perpetúa en los que tengan oídos para oír. En aquellos que, por la fuerza del Espíritu se convierten en espíritu para los demás, es decir, en imagen de Dios (Gn 1, 26-27).

Los tres sinópticos desde sus particulares perspectivas teológicas explican la parábola usando casi idénticas palabras (Mt 13, 18-23; Mc 4, 13-20; Lc 8, 11-15). Igual formato dentro de la cercanía del uno (Mateo), de la lejanía del otro (Lucas) y de la parquedad de Marcos.

Esta explicación demuestra con Mateo que los judíos por la cercanía del mensaje no habían sabido descubrir que Cristo era la plenitud del misterio revelado en el A.T. Asimismo, Lucas, y debido a la distancia que tenían sus oyentes con la cultura hebraica, necesitaba traducir el contexto agrícola en el que se pronunció la parábola, al contexto real en el que se movía el evangelista y los étnico-cristianos procedentes del paganismo.

Marcos extrañamente en esta parábola es más locuaz que de costumbre. ¿Por qué? Quizás porque la lejanía en tiempo y lugar de donde se produjo el evento le obligue a una amplia explicación. De hecho, ya hemos indicado que este evangelista muestra los signos a través del silencio. Por ello tampoco explica el signo de Jonás. (Mc 8, 11-12). Mateo y Lucas, sí. (Mt 12, 38-42; Lc 11, 29-32).

Sea como fuere, lo cierto es que veintiún siglos después del evento que nos ocupa, nos seguimos encontrando con el enigma de la parábola del sembrador. Parábola en el que sigue inmerso el misterio del Reino de los cielos. ¿Cómo trataríamos de explicar hoy dicho misterio?

¡Viviéndolo! Nuevamente retomamos lo expuesto. Ante la necedad de la cruz se proclama la divinidad. El oído y el ojo no pueden captar lo que vio y escuchó el centurión. Lo que los diversos evangelistas vivieron tras sus respectivas experiencias del resucitado. Hemos de entroncar con ellas. ¿Cómo? A través de las propias. Siempre el mensaje ha de ser reencarnado. Sólo así la muerte (cruz) se convierte en vida (resurrección), el tiempo, en eternidad.

El Reino de los cielos es eternidad. Como la fuerza que hace germinar el grano del sembrador. No es importante el grano, sino la fuerza (*dynamis*) que lleva impresa. Esa es la fuerza que, sin poder ser vista ni oída, puede ser sentida por el creyente que se deja, como si del amor se tratara, arrebatado por su poder.

¿Es posible sentir esta energía dinámica que brota del mismo Dios (Ruah, en cuanto Espíritu), y no dar ciento por uno? Lucas, al igual que el lector creyente del siglo XXI, sabe por experiencia propia, que no. La semilla del sembrador únicamente necesita cobijo. Ni siquiera es exclusiva de templo alguno. Metafóricamente hablando, como corresponde al lenguaje parábólico, sirve una casa alquilada.

El Dios universal que nos brinda la catolicidad de nuestra Iglesia, únicamente reclama la escucha del hombre de buena voluntad. Este hombre, allá donde se encuentre sea camino, piedra o campo podrá transformar el mundo que le rodea siempre que él esté dispuesto a transformarse.

¿Podemos, por tanto, en cuanto cristianos del siglo XXI paralizarnos en las cotas alcanzadas de nuestra religiosidad, o la fuerza del Espíritu que representa la parábola del sembrador nos conduce más allá de cualquier cota preestablecida?

La respuesta a este interrogante se intuye observando la propia dinámica de la parábola tal y como se ha conservado a través del tiempo. Efectivamente los distintos retoques que cada evangelista imprime a la parábola, demuestran la forma en que la acomodan a sus distintas personalidades y comunidades.

Hemos reseñado anteriormente la sutileza de cada evangelista a la hora de exponer el fruto de la buena tierra (treinta, sesenta, cien - cien, sesenta, treinta - centuplicado). Esta sutileza viene insertada dentro de la explicación que hacen de la parábola los evangelistas Mateo y Marcos. No así Lucas que introduce la explicación al final del contexto parábólico.

Efectivamente Lucas a la hora de explicar la parábola y en el momento de indicar cuáles son los frutos, dado que ya lo ha dicho en la parábola (centuplicado), (Lc 8, 8), inserta aquí la siguiente sentencia: *Lo que en buena tierra son los que, después de haber oído, conservan la palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia* (Lc 8, 15).

Posiblemente los lectores de Lucas y dado que provienen de la cultura greco-latina, necesiten saber cómo es posible alcanzar ese reino prometido habiendo estado al margen de la cultura hebraica durante tantos siglos. El evangelista responde a la exigencia de los signos de los tiempos que está viviendo: *con corazón bueno y recto*.

Comportándose en cada momento conforme a las exigencias que reclama el contexto histórico que a cada cual le toque vivir. Lucas muestra que sólo así se verá la fuerza del Espíritu que él trata de revelar. El enigma de su parábola hay que descubrirlo allí donde con corazón bueno y recto se trasciende cada devenir.

El enigma de la parábola del sembrador se revela no en lo que expone cada evangelista, sino en el espíritu que encierra todas y cada una de las exposiciones en las que la parábola se materializa. Este espíritu es el que traduce y trasciende cada concreta situación. Ahora bien, para que esto se produzca es necesario estar abierto a la eternidad en cada tiempo concreto.

Esta afirmación dicha con palabras evangélicas se traduce de la siguiente manera: *¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir los signos de los tiempos! ¡Generación malvada y adúltera! (Mt 16, 3b-4a).*

Retomando esta sentencia evangélica en nuestro contexto actual, se torna extremadamente sugerente. Posiblemente y dentro de la historia de la humanidad, en contadas ocasiones hemos sabido discernir tal cantidad de saber científico. Sin embargo, nuestra generación no ha sabido desterrar la adulteración que produce el mal en el corazón humano.

El cristiano del siglo XXI ¿sabe trascender la parábola del sembrador? Dentro del contexto urbano en el que nos movemos la gran mayoría ¿somos capaces de intuir el enigma que se nos plantea en los signos de los tiempos.

Hoy la humanidad ha creado una normativa a través de la que la parábola del sembrador se sigue reactualizando. Ahora bien, dicha reactualización se efectúa conforme a los signos de los tiempos que nos han tocado vivir. La respuesta que exige esta normativa es, como jamás ha sucedido en la historia del ser humano, universal.

Nos estamos refiriendo a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Pues bien, creemos que nuestra exigencia como cristianos reclama saber trascender estos derechos. Como en el caso de la parábola del sembrador, llevarlos más allá de la letra que los materializa y, precisamente, porque ellos son el mejor exponente de atracción a la hora de provocar la escucha de los oyentes de siglo XXI.

Los Derechos Humanos son un enigma universal. Allí donde la persona sepa trascenderlos, habrá reencontrado el Espíritu que se revela en nuestra parábola. Podrá objetarse a esta propuesta que la Declaración Universal de los Derechos humanos es laica. A este respecto diremos que más que laica es aconfesional. De hecho, más laica fue para el mundo pagano (romanos) la religión cristiana. Este y no otro, fue el motivo de tanta persecución (16).

Mateo y Marcos trascendieron la cultura inmersa en el judaísmo que les tocó vivir al igual que Lucas supo trascender la cultura greco romana de sus contemporáneos. La pregunta es obvia: ¿estamos dispuestos a trascender nuestra cultura representada en los

Derechos Humanos, o tenemos incluso miedo a que se actualicen? Ese puede ser uno de los retos que no plantea al creyente la parábola del sembrador actualizada en la atenta escucha de los Derechos Humanos.

El reto sigue siendo un enigma dentro de la historia del ser humano. La parábola sigue esperando la respuesta de cada persona. El enigma, como entonces, no es la respuesta. Ya hemos indicado que, si así fuera, ya no sería un enigma. El enigma es reencontrar el Espíritu que la hace posible. En ese Espíritu los cristianos fundamentamos nuestra fe. Ese y no otro, es el Espíritu que desde los orígenes, aletea en la parábola del sembrador.

Conclusión

Discernir con corazón bueno y recto es mantenerse en la palabra que brota de las sagradas escrituras. Y las escrituras son sagradas porque se siguen escribiendo en cada corazón humano. La fuerza o energía que desde el evangelio se encarna en cada creyente y que llamamos *dynamis*, cuando la actualizamos a través de los signos de los tiempos que nos tocan vivir, es la que nos hace libres, ya no se esclaviza por concepto alguno.

Permítasenos recurrir en esta conclusión al único evangelista del que no hemos realizado elaboración alguna en el presente trabajo. Juan, hace siglos, hizo suyas estas palabras cuando afirmó: *Si os mantenéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* (Jn 8, 31).

Ahora estas palabras las hacemos nuestras. La Verdad es tan universal como el Espíritu. La libertad que nos anuncia Juan no permite esclavitud alguna. La parábola del sembrador lleva inserta esta fuerza enigmática que nos hace libres. Esta es la fuerza que en cristiano llamamos Espíritu pues proviene del Ruah que es el mismo Dios.

Esta fuerza es la que Cristo nos reveló a través de la resurrección. Esta fuerza es la que denominamos tercera persona de la Trinidad y que desde Pentecostés guía a la Iglesia. Esta fuerza es la que los evangelistas nos presentan en su parábola del sembrador. Semilla lanzada a la tierra desde la noche de los tiempos y que misteriosamente fructifica aún a pesar de las distintas inclemencias que tratan de ahogarla.

Desconocemos cómo tratarían de explicar nuestra alegoría en el mundo actual, los evangelistas sinópticos. Pero nuestro deber de cristianos no es descubrir tal interrogante. Nuestra obligación, no ya como cristianos, sino simplemente como engranaje que somos del género humano, es explicar, con el Espíritu que emana de la parábola del sembrador, los signos de los tiempos que nos han tocado vivir.

Desde estos signos, tal y como exige Mateo (Mt 16, 3b), nada más sugerente para un cristiano del siglo XXI, que la Declaración Universal de los Derechos Humanos. ¿Por qué? Porque son capaces de captar la atención como si de una parábola se tratase; ahora, como en el evangelio, hemos de crear nuestra propia alegoría y mostrar que el reino, como entonces, sigue presente en el acontecer humano. Por esta razón hemos de trabajar codo con

modo con todo hombre que con corazón bueno y recto desee el bien del ser humano. Estamos convencidos de que ahí volverá a brotar la fuerza del Espíritu que nos eleve más allá del concepto.

¿Acaso no es este mismo Espíritu el que hace posible tales cambios? ¿Acaso no es en estos cambios donde se actualiza y revela el Espíritu, aunque como entonces, algunos piensen que son cambios ateos?

Dios, en Cristo, sigue escribiendo la historia siempre que haya cristianos dispuestos a reencarnar el mensaje. El mensaje y el cristiano son la misma y única realidad desde el principio. Cristificar el devenir es reencarnar la Verdad.

La parábola del sembrador nos sitúa en este camino. Camino que no es externo a nuestra historia. De hecho la historia y el camino somos cada uno de los seres humanos, que, como Abraham, creemos posible un mundo más allá de cada mítica Ur.

La parábola del sembrador es una llamada de atención a cada corazón humano que, en su vigilia, es consciente de los dones recibidos. ¿Qué sucede cuando el corazón, es decir, la mente se embota y se duerme: *Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sean que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane.* (Mt 13, 15).

Cada evangelista reitera estas mismas palabras en la parábola del sembrador. Lucas, como ya ha quedado expuesto cierra su libro de Hechos de los Apóstoles con estas sentencias del libro de Isaías que, como ayer los sinópticos, hoy hacemos nuestras. Y como indica el sembrador: *El que tenga oídos, que oiga.*

NOTAS

1.- A este respecto, y en relación con los evangelios de la infancia (Mt 1-2) y los diversos lenguajes que hay que tener en cuenta a la hora de su interpretación remitimos al trabajo de Salas, A., La infancia de Jesús (Mt 1-2) ¿Historia o Teología?, Madrid 1976.

2.- El significado de “parábola” como iremos viendo en nuestro ensayo, es bastante enigmático. Es este concepto de “enigma” el que usaremos en nuestro trabajo. No obstante se puede traducir por metáfora, comparación, proverbio, sentencia, verso satírico y representa un elemento característico de la literatura gnómica del A.T. En los sinópticos se entiende por parábolas a determinadas partes de la predicación sinóptica de Jesús, que ostenta un carácter a la vez plástico y, en cierto modo, enigmático y oculto. Cf. Ausejo, S., Diccionario de la Biblia, Barcelona 1970, Col. 1432

3.- “Las parábolas fueron modificadas en la enseñanza de la comunidad; pueden verse estas modificaciones comparando las distintas versiones de una misma parábola en los distintos evangelios” Cf. McKenzie, J., Evangelio según San Mateo en “Comentario Bíblico de San Jerónimo III, Nuevo Testamento I”, Madrid 1971, p. 224.

4.- “Por no ser uniforme el uso del vocablo “parábola”, el número de parábolas atribuidas a Cristo varía mucho según los diversos autores (desde las 18 de Oliver y 30 de Trench, hasta las 101 de von Wessenberg). Pero si sólo se consideran parábolas las comparaciones desarrolladas y completas, el número no excederá mucho de 30” Cf. Varios, Enciclopedia de la Biblia, Barcelona 1969, col. 877.

5.- Jesús conoció y trascendió el signo de Jonás. Las parábolas del Hijo Pródigo (Lc 15, 11-32) y la de los contratos para la viña (Mt 20, 1-16) están reflejando el mismo lenguaje y signo que revela el signo de Jonás. Ahora bien, Jesús supo actualizarlo dentro de su propio contexto. Cf. Alonso, J., Jonás, el profeta recalitrante, Madrid 1963, pp. 159-169.

6.- Este y otros Koans pueden verse en Blay Fontcuberta, A., ZEN, El camino abrupto hacia el descubrimiento de la Realidad, Barcelona 1965, pp.88-90.

7.- Los exegetas no clasifican las parábolas de igual manera. No obstante están de acuerdo al clasificar la parábola del sembrador dentro de la categoría del reino de Dios. Podemos decir que existen, al menos, tres clasificaciones: A) Parábolas del Reino. B) Parábolas de crisis y C) Parábolas de realización personal.

8.- En parte, los refraneros populares, guardan la sabiduría del pueblo. Israel fue conservando en su lenguaje parabólico gran parte de esta sabiduría. Así las sentencias que se encuentran en Proverbios, Eclesiástico, Eclesiastés. La literatura apocalíptica en general. “Los rabinos recurren frecuentemente al *masal* (efigie, representación, comparación), sobre todo para explicar la escritura” Cf. Varios, Enciclopedia de la Biblia, Barcelona 1969, col. 870s).

9.- Los sinópticos nos introducen en sus distintas visiones del evangelio a través del desierto. Es necesario pasar por este lugar teológico si deseamos encontrarnos con Cristo (Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13).

10.- Recurrimos a un texto que si bien se refiere a San Juan expresa admirablemente la idea de saber trascender lo que se dice para alcanzar lo que se quiere decir: “Supongamos, lector amigo, que tú y yo nos perdemos en un bosque durante un crudo día de invierno. Y he aquí que, a causa de la imprevisión, nuestras ropas apenas nos brindan abrigo. Pasadas un par de horas, el frío nos comienza a entumecer. Pues bien, imagínate –apelo a tu fantasía- que a lo lejos descubrimos una columna de humo. ¿Qué ocurre? Nuestra reacción sólo puede ser una: si llegamos hasta ella, nos podemos calentar ¿Motivo? Muy simple: el humo siempre ha sido signo del fuego. Dejándonos pues guiar por el signo (humo), ahuyentamos el frío.

Sin embargo, ambos somos conscientes de que es el fuego y no el humo lo que nos va a calentar. Y me explico: el signo (humo) ha de guiarnos hacia lo significado (fuego) ¡sólo éste nos soluciona el problema!” Cf. Salas, A., El Evangelio de Juan. Jesús: creador de una humanidad nueva, Madrid 1993, pp. 14-15.

11.- Asombra el laconismo con el que nombra a los apóstoles (los Doce), cuando se compara con la forma en la que cita a las mujeres que acompañaban a los que anunciaban el reino. Lucas cita sus nombres, los motivos por los que seguían a Jesús, las profesiones de sus esposos, los apodos, etc. (Lc 8, 1-3).

12.- “El inicio del camino tras Jesús está constituido por la confesión de Pedro y el mandato de Jesús para que guarde silencio sobre su identidad (Mc 8, 27-30) Hemos dicho que este episodio es el central de todo su evangelio” “Ser cristiano significa seguir a Jesús, y este seguir es el cumplimiento de todas las esperanzas, en que se había movido la naciente iglesia. Seguir a Jesús es entrar en el reino. La entrada en él está universalmente abierta; no hay resquicios al sectarismo. El camino no se puede andar, sin el apoyo fundamental de Dios... El camino que emprende Jesús lleva a la muerte y a la resurrección” Cf. Pikaza, J.,- de la Calle, F., Teología de los evangelios de Jesús, Salamanca 1974, pp. 65-71.

13.- La forma de entroncar Mateo con el Antiguo Testamento desde el estudio de la genealogía de este evangelista la hemos desarrollado en esta misma revista bajo el título La figura de María en los evangelios de la infancia, “Biblia y Fe” 82 (2002) 124-126.

14.- Quelle, C., o.c. pp. 113ss.

15.- No es posible asimilar la teología lucana que explica en los evangelios de la infancia, si no partimos del capítulo 2 del libro de los Hechos de los Apóstoles. Allí se recuerda la llegada del Espíritu Santo. Quien no haya sentido en su corazón el fuego del espíritu representado en las lenguas, difícilmente podrá dar su “fiat” junto a María. Ese fuego es el que revela al Cristo que todos en nuestro personal devenir deberemos “parir” virginalmente.

16.- “Además para los paganos, la celebración de los misterios cristianos no tenía las características de un culto litúrgico. No tenían ni templos ni altares en el sentido tradicional, por lo que fueron considerados ateos y mirados con sospecha... Poco tiempo después se les acusaría de delitos públicos (infanticidios, cenas de orgía, incestos...), de introducir costumbres nuevas no aprobadas por las leyes romanas, y, sobre todo, de ateísmo, de desprecio de los dioses” Cf. Laboa, J.M., Cristianismo. Origen, desarrollo, divisiones y expansión, Madrid 2002, pp. 37-38.

Constantino Quelle
Madrid 28 de Febrero de 2003.